

## Palabras ELM 24

En nombre del equipo de liderazgo del Instituto – Kate, Geraldine, Mary, Natalie y yo les damos una cálida bienvenida a todos a este espacio ignaciano y a esta reunión histórica.

En el Capítulo 4 de la biografía de Teresa Ball escrita por Deirdre Raftery, ella desmiente el mito de Frances, una joven despreocupada que experimentó una locución durante un elegante baile en Dublín, donde escuchó las palabras: “Busca primero el reino de Dios...” Deirdre atribuye a la catedral de York como el lugar de un momento de profunda conciencia de lo Divino en vez de Dublín. Esta percepción inicial de lo Divino sucedió mientras Frances Ball era estudiante en el Bar Convent. Deirdre continúa explicando por qué el Arzobispo Murray eligió el Bar Convent como el lugar donde esta joven se formaría como fundadora – no había clausura, las monjas salían a visitar a los enfermos, y señala la importancia de la comunidad católica en Inglaterra como modelo a seguir para Dublín. Lo importante fue que el Dr. Murray conocía el convento de York y apreciaba mucho el hecho de que habían adoptado las constituciones ignacianas para religiosas apostólicas. Fue este texto el que Teresa Ball copió con tanto esmero antes de regresar a Dublín para comenzar el Instituto de la Bienaventurada Virgen María. Un poco antes de la publicación de la biografía, en una presentación de Zoom para las líderes de provincia/región, Deirdre fue inequívoca al decir que la educación y formación de Frances Ball en York informaron cada decisión que tomó como líder de una nueva congregación.

Doscientos años después, nos encontramos en el umbral de una fusión, algo con lo que hemos soñado y pedido, la culminación de un largo proceso. Como equipo de liderazgo, en nuestras frecuentes reuniones con las CJ, volvemos una y otra vez al porqué de la fusión. Ya hubo intentos de lograrla, pero ¿por qué fracasaron? Como seres humanos, no lo sabemos. Hay dos cosas claras para nosotras: en primer lugar, la fusión está guiada por el Espíritu, que es el protagonista principal. En segundo lugar, es un ejercicio de confianza. Creemos que, a través de esta unión intencional y discernida, nuestro carisma se

fortalecerá, al honrar respetuosamente lo mejor de nuestras identidades y culturas congregacionales.

En nuestras interacciones con otras congregaciones, está claro que ahora estamos en un punto crítico en la evolución de la vida religiosa. Hay mucho dolor y pérdida y falta de claridad y certeza. Tal vez más que nunca necesitamos ver nuestro carisma e identidad como dones del Espíritu, como parte de esta evolución y realidades cambiantes. Esta era de profundos cambios presenta una oportunidad para rejuvenecer la vida religiosa y fortalecernos mutuamente. Muchas congregaciones están afrontando finales y comienzos, ya sea mediante la reestructuración de las provincias, la elaboración de estrategias de finalización o el examen crítico de los modelos de formación actuales.

Al viajar por el Instituto, sentimos el encuentro con generaciones y culturas diferentes como una bendición para nosotras. Los cambios demográficos, que dan lugar a muchos problemas, no pueden ignorarse. Cuestiones como: ¿Qué adaptaciones deben hacerse a las estructuras de gobierno cuando ya no hay un grupo suficiente de líderes? ¿Hay formas en que se haga posible la colaboración entre congregaciones? En algunas provincias/regiones, la conversación honesta, la oración y la reflexión han llevado a comprender que el significado de la vida religiosa no está determinado por los números. En el pasado, en muchos países, las religiosas eran una fuerza para el bien, eran visibles y trabajaban duro para abordar los problemas presentes en los contextos locales. Cuando estábamos floreciendo, la misión se equiparaba a menudo con el ministerio. Luego, cuando el ministerio activo cesó, muchas experimentaron una pérdida de propósito y la necesidad de recalibrar la identidad. Ahora, en algunas áreas, la visibilidad y la energía se han reducido mucho y las hermanas son una fuerte presencia contemplativa, profundizando las relaciones personales con Cristo mientras preguntan continuamente qué es la misión. La oración se ha vuelto más tranquila y silenciosa, una espera en Dios. No se hacen grandes promesas. En esta etapa de su vida, las mujeres apostólicas desean estar presentes ante Jesús, al tiempo que viven un compromiso diferente en la misión.. Es conmovedora la gracia y alegría con que muchas acogen su condición de mayores.

Algo que llama mucho la atención de las hermanas más jóvenes es que no tienen miedo del futuro. Muchas de ellas han expresado un entusiasmo genuino por la fusión. Algunas son lo suficientemente francas como para decir que les está llevando tiempo acostumbrarse a su piel de Loreto y, en consecuencia, se adaptarán fácilmente a ser CJ. Estas jóvenes, independientemente del continente o el contexto, tienen claro lo que las llevó a ser religiosas. Desean seguir enamorándose de Cristo nuevamente. Quieren vivir el servicio en un contexto global y quieren profundizar su vida interior. Están presentes en la segunda semana de los Ejercicios, escuchando la llamada del Rey, trabajando con él y haciéndolo con alegría. Quieren acompañar a Jesús mientras camina, habla, sana y predica. ¿Cómo podemos ayudarlas, especialmente a todas las que están en formación inicial, a florecer y prosperar en la vocación?

Lo que tienen en común los dos grupos –las hermanas menos activas y las más jóvenes– es la búsqueda de Dios y el deseo de servir. Ambas se preguntan cómo podemos ser una presencia de amor en sociedades fracturadas y cómo podemos llevar a Cristo al mundo entero. El Dios vivo se encuentra en todas las cosas con distintos grados de energía y compromiso. Las hermanas mayores tienen una sabiduría y una serenidad que las hace humildes y que es un puro don para el Instituto. Para ellas, y de hecho para todas nosotras, el camino a seguir no está cuidadosamente trazado. Sin embargo, confiamos y creemos que Dios está haciendo algo nuevo. Sí, el dolor tiene que ser incubado para permitirles dar a luz algo nuevo. Actualmente, sospecho que muchas de nosotras estamos experimentando un movimiento entre la tercera semana de ejercicios –una escuela del corazón donde la cruz se convierte en una extensión del ministerio de presencia amorosa de Jesús– y la cuarta semana donde encontramos a Cristo resucitado en nuestros momentos de miedo y confusión. Este movimiento se refleja en un sentido más profundo de espiritualidad, moldeado por la pérdida y el abandono, intercalado con destellos de la alegría y la vida de resurrección.

¿Por qué empecé con Teresa Ball? El Tomás incrédulo que hay en mí a menudo busca lo concreto. Hay pruebas históricas irrefutables de que las constituciones que Teresa Ball trajo a Rathfarnham eran las del Instituto de Mary Ward. Éste es

nuestro linaje. Las hicimos nuestras y les dimos una expresión viva que ha resistido la prueba del tiempo. La fusión es un momento significativo de renovación y revitalización en la Iglesia. Ambas congregaciones votaron unánimemente proceder a ser una sola a partir de un profundo deseo de reunificación. Somos mujeres Mary Ward/Teresa Ball llenas de fe, libres, listas para unirnos a nuestras hermanas CJ para compartir la misión sanadora de Cristo.

La Constitución 1.7 lo expresa hermosamente:

“Mary Ward encontró el coraje para caminar por la senda de sus convicciones, gracias a una oración continua. Esperó en Dios con libertad interior y fidelidad. Este es el espíritu que nos empuja como Instituto a poner nuestra confianza en Dios en medio de la incertidumbre y el cambio, y, con un amor que discierne, poder andar por el camino de la fe con alegría.”